

TREINTA AÑOS DE
PERIODISMO EN
DEMOCRACIA
FEDERICO ALVAREZ

En el balance sobre las conquistas y las deficiencias de la democracia venezolana, a raíz de cumplirse treinta años de las jornadas del 23 de enero de 1958, hubo una omisión inexplicable: la del análisis crítico del comportamiento de los medios de comunicación social en ese proceso político. La referencia es obligante, entre otras razones, por el papel protagónico que prensa y periodistas jugaron durante la resistencia al silenciamiento impuesto por el autoritarismo militar.

La dictadura (1) interrumpió, en forma abrupta, el despliegue del debate ideológico iniciado, con limitaciones y timideces, al día siguiente de la muerte de Juan Vicente Gómez. Cerró periódicos comprometidos con los partidos opositores, detuvo periodistas que trataban de romper las barreras de la censura y estableció, por la vía del decreto, una regimentación rígida en materia informativa. La libertad de información y de opinión aparece así como la primera víctima del cuartelazo de noviembre de 1948.

Por otra parte, en una categórica demostración de coherencia con tales antecedentes, la insurrección contra la tiranía tuvo como vanguardia una huelga de prensa, dirigida por editores y periodistas, así como la figuración estelarísima de dos periodistas en la Junta Patriótica (2), organismo que comandó desde la clandestinidad el combate por el rescate de las libertades: Fabricio Ojeda, quien la presidió, y Guillermo García Ponce, motor organizativo de aquellas jornadas.

Y si obligantes resultan las motivaciones derivadas de la historia real, lo mismo podríamos decir de las correlaciones que, entre política y comunicación, establece la teoría. Para la doctrina liberal, la existencia de una prensa libre y pluralista es condición indispensable para la vigencia de la democracia. La circulación de las ideas y el flujo de las informaciones constituyen la atmósfera vital del sistema político. Toda interrupción, bien que sea impuesta por la ley o por desmanes de la arbitrariedad, anula la eficiencia de los canales comunicacionales en su función de contribuir a una fluida corriente de demandas de la base social hacia la cúpula donde se toman las decisiones del sistema político y, a la inversa, distorsionaría el acto decisorio mismo, al privarlo de referencias objetivas.

Podríamos agregar una circunstancia motivante más, que no por coyuntural carece de importancia: la conmemoración del 23 de enero coincidió con la más intensa y severa campaña de denuncias acerca de violaciones de la libertad de expresión que haya sufrido gobierno alguno en estos treinta años. La oposición catalogó al régimen de Jaime Lusinchi como el que "mayores atentados" había cometido contra la prensa libre, en especial en el campo informativo, en todo lo que ha transcurrido del período democrático. El memoria de agravios que designado ante la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) por uno de los principales editores venezolanos, el diputado Miguel Henrique Otero.

La denuncia cobró especial relieve debido a que ocurrió en pleno proceso electoral. Por eso, dio lugar a foros y seminarios en universidades e instituciones culturales, así como también en el Congreso Nacional. Pero el centro de ponencias y discusiones no fue la determinación de la idoneidad del sistema comunicacional respecto del sistema político, sino el examen casuístico de medidas y acciones que, a juicio de los denunciantes, vulneraron la libertad de información y opinión. La lista es variada: se impidió el libre acceso de los reporteros a las fuentes vitales en asuntos conflictivos; hubo presiones desde las alturas del poder para omitir informaciones o censurar opiniones; se ejerció violencia física y coacción contra periodistas y editores; se utilizó el otorgamiento de divisas por parte de organismos competentes -Recadi - (3) para presionar a los medios, en especial los de la provincia.

Atropellos concretos, perfectamente ubicables en el tiempo y en el espacio, pero en modo alguno exclusivos del gobierno de Lusinchi. Una revisión histórica, aún la más superficial, permitiría demostrar que esa ha sido la conducta de todos los gobiernos democráticos venezolanos en estos treinta años. La letra democrática de la Constitución continuamente sacrificada por un comportamiento autoritario en el ejercicio cotidiano del poder. Para completar la historia, no sólo habría que rastrear los antecedentes, sino también ampliar el enfoque para no dejar fuera a factores tanto o más insidiosos que los desmanes oficiales: la presión constante, callada y letal del sector privado con las armas de la pauta publicitaria, y las tendencias de los editores hacia la autocensura. Y, para que el panorama sea equilibrado y veraz, se debe señalar sin eufemismos la parte que corresponde a las debilidades técnicas, ideológicas y éticas de los profesionales del periodismo.

La tarea que estamos proponiendo es lo suficientemente vasta y compleja como para rebasar las posibilidades de una investigación individual. No pretendemos agotar la temática, sino asomar una perspectiva general. La profundización en las distintas áreas demandará tiempo y empeño indagatorio en fuentes vivas y hemerográficas. Tampoco está definitivamente resuelta la estrategia metodológica, en parte, porque deseamos resolverla a medida que avanzamos, en parte porque la formación personal empuja espontáneamente hacia una reflexión menos ceñida a métodos y epistemologías deliberadamente escogidas.

La preocupación que guía este trabajo es, básicamente, la de encontrar respuestas a algunas preguntas que vinculan la relación sistema político-sistema comunicacional con los objetivos generales del proyecto de investigación Autocracia y Democracia en América Latina: ideología, poder político y comunicación. (4) Esas preguntas son:

- ¿Cuáles fueron las metas de los periodistas venezolanos en la lucha por el rescate de las libertades y de la democracia política?
- ¿Han contribuido los medios de comunicación social a desarrollar las condiciones básicas de una democracia: pluralismo confrontación de ideas, debate abierto, conflictividad de intereses?
- ¿En el seno de los medios de comunicación social venezolanos se ejercita cotidianamente la democracia?
- ¿Cuáles son los grados de participación de los periodistas en la toma de decisiones?
- ¿Garantizan los MCS el acceso de todos los sectores de la sociedad en forma tal que asegure su real participación en el sistema político?
- ¿Cuáles son los principios o premisas doctrinarias que guían la acción de los MCS en Venezuela?

PUNTOS DE PARTIDA

El pensamiento liberal, ya se ha dicho, privilegia la función de la prensa libre en la constitución y vigencia del sistema democrático. El ejercicio de la soberanía popular, base de legitimación del sistema, se resuelve en última instancia en la toma de decisiones por parte de los individuos que integran una comunidad. El funcionamiento de la teoría en la práctica real supone que esa toma de decisiones sea consciente, producto de una evaluación racional de las ofertas que el ciudadano recibe de aquellos que aspiran a ganar su apoyo. La base de esa racionalidad está en la posibilidad de recibir elementos de juicio sobre los cuales cimentar el comportamiento cívico. Esos son, justamente, los que deben proporcionar la información y las opiniones que constituyen el contenido y la razón de ser de los medios de comunicación social. Desde ese punto de vista, la democracia política depende, en grado sumo, de la existencia de un flujo informativo libre y amplio, así como de la abierta confrontación de opiniones.

El politólogo norteamericano Karl W. Deutsch propone, en *Los Nervios del Gobierno*, (5) una perspectiva más amplia. Todo sistema político requiere de un sistema comunicacional que conjugue con los objetivos que persigue. A los medios corresponde un papel decisivo, funcional, en la canalización de las demandas desde la base social hasta los centros de decisión política, en sus diferentes dimensiones: local, regional, nacional. Del mismo modo, los medios permiten la oportuna y vasta difusión de las decisiones de los centros de poder, con lo cual posibilitan su cumplimiento. De no existir esa mediación, la vida pública sería un caos.

Ni los centros de poder dispondrían del conocimiento básico indispensable para determinar las necesidades y aspiraciones de la comunidad, clave para decisiones racionales, ni los ciudadanos estarían al tanto de las decisiones del poder y, en consecuencia, carecerían del marco de referencia para orientar su conducta diaria. Las relaciones entre la sociedad política y la sociedad civil, entre el Estado y la ciudadanía, reposarían, según Deutsch, en el funcionamiento idóneo de los MCS. Adviértase que, en la perspectiva teórica de Deutsch, esta comunión política-comunicación no es exclusiva de la democracia. Aún los regímenes dictatoriales se atascarían sin el concurso de los MCS, pues también en ellos el ejercicio del poder se resume en la toma de decisiones. Sin embargo, es obvio que el objetivo de las dictaduras no es, precisamente, promover la participación en la toma de decisiones, sino reducirla a minorías excluyentes. De allí deriva una lógica diferencia en cuanto al comportamiento de los medios.

Digamos, por último, que tanto en la retórica política como en la comunicacional ocupa sitio privilegiado la invocación a principios doctrinarios que, supuestamente, guían la actividad práctica. Esos principios constituyen la dimensión ética en ambas esferas y procuran la legitimación de las instituciones políticas, y de los MCM ante la sociedad. Dennis McQuail resume, en *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*, (6) las teorías sobre la libertad de información y opinión que ya habían sido expuestas por F. Siebert, T. Peterson y W. Schramm, en *Four Theories of the press*. (7) Ellas son: la autoritaria, la liberal, la teoría de la responsabilidad social, la teoría soviética, la desarrollista y la democrático-participativa. Un examen de los postulados de cada una de ellas sirve para comprobar numerosos puntos de contacto, de lo cual se desprende que ni en la teoría sería posible encontrar una expresión pura de ninguna de ellas, ni siquiera de la soviética.

De más está decir que no describiremos aquí estas teorías. Sólo precisaremos las características de aquellas que, a nuestro juicio, son asumidas por los editores venezolanos o presentadas como alternativas para los organismos gremiales y por los estudiosos de la comunicación en el país. Conviene también advertir que, en este caso, se utiliza por parte de los autores mencionados el término teoría con bastante liberalidad. No se trata de una elaboración conceptual para la explicación de un fenómeno, ni tampoco de la aportación de instrumentos de análisis para determinar las tendencias de esos fenómenos. Ni diagnóstico, ni prognosis. Simplemente, un conjunto de postulados con una finalidad estrictamente pragmática. La tentación de llamarlas doctrinas, en vez de teorías, se detiene solamente ante la complicación que supondría entrar en una discusión más deletérea.

Bien, con las salvedades señaladas, penetremos en el espacio que deseamos explorar preguntándonos por los objetivos que perseguían los periodistas cuando con tanto denuedo y constancia, asumieron puestos de vanguardia en la lucha por la restitución de la democracia. Para que haya mayor claridad, examinemos previamente lo que había antes del golpe de 1948 y qué caracterizó el desarrollo del periodismo venezolano en los diez años de la dictadura, pues conviene adelantar que no se produjo un vacío general. Antes, al contrario, en ese decenio culmina la modernización del periodismo nacional.

EL DEBATE INTERRUMPIDO

Desde comienzos de siglo, a pesar de las restricciones que interponen las tiranías de Castro y Gómez, se inicia la penetración de las técnicas informativas que dominaban ya en la prensa norteamericana y europea a partir de la segunda mitad de la pasada centuria. Los diarios nacionales insertan despachos cablegráficos concebidos a la usanza del periodismo mercantil y reproducen entrevistas y reportajes al nuevo estilo. Se trata, sin embargo, de un proceso muy lento, si lo comparamos con el avance que esas mismas modalidades habían registrado en Argentina, Chile, México y Cuba.

Esa renovación redaccional, especie de racionalización del trabajo periodístico para colocarlo a tono con el ritmo de la producción industrial, continuó con parsimonia en el decenio del'30, en especial después de la aparición del diario *Ahora*, en 1936, en cuyas páginas comienzan a adquirir presencia el reporterismo y la información gráfica. La irrupción definitiva sólo adviene entre 1941 y 1943, con la aparición de *Ultimas*

Noticias y El Nacional, diario éste que proclama por primera vez en el país una filiación expresa con el "periodismo objetivo" y la ratifica con la eliminación del editorial y su reemplazo por un género nuevo: la mancheta. Pero no eran las preocupaciones técnicas las que dominaban la escena comunicacional venezolana después de la muerte de Gómez. La explosión de periódicos que se produce entre 1936 y 1937 reviste el signo del periodismo comprometido, de cruzada. Su objetivo es la difusión y defensa de ideas y doctrinas políticas, que habían sido diseñadas en la clandestinidad en el destierro por los líderes de una nueva generación política. El momento era especialmente conflictivo, no sólo en Venezuela, sino en todo el mundo. La lucha contra el nazifascismo, la encendida polémica en torno a la guerra española, se unían en las páginas de la prensa con la ofensiva contra el gomecismo, todavía vivo en las instituciones políticas y en la práctica cotidiana del poder. Una nueva sociedad pugnaba por emerger desde las sombras de la tiranía.

La temática del debate era variada y candente: las libertades públicas, el derecho a organizar partidos, las garantías para la vida sindical y para la huelga como recurso de los trabajadores, la enseñanza laica, la reforma agraria, la nacionalización del petróleo, el comunismo, el sufragio universal directo y secreto. Y en medio de la tormenta, el esfuerzo por superar años de atraso en vialidad, salud y protección a la infancia. En una palabra, se discutían modelos contrapuestos para acceder a la modernidad. Eso, más que las disquisiciones técnicas, colmaban las pautas de los periódicos. Los había nuevos, como *El Popular*, *Orve*, *UNE* y *FEV*, comprometidos con partidos políticos o con las organizaciones estudiantiles. Otros, como *Ahora*, identificados con el proceso de democratización, sin filiación partidista o gremial. Y los viejos diarios -*La Esfera*, *El Universal*, *El Herald*- que abrieron sus páginas a la discusión y tomaron posiciones en la controversia.

El proceso continúa con mayor amplitud y fluidez durante el gobierno del general Isaías Medina Angarita, que elimina las restricciones autoritarias de López Contreras, hasta culminar con la legalización de Acción Democrática en 1941 y del Partido Comunista en 1944. A partir de entonces, la identificación de los periódicos con proyectos políticos específicos es más directa. AD funda *El País*; el PCV se expresó sucesivamente en el semanario *Aquí Está*, en *El Popular* y en *Tribuna Popular*; los sectores medinistas se cobijaron en *Ahora* y en *El Tiempo*; Copei, fundado en 1946 sobre bases de las organizaciones derechistas de 1936, crea *El Gráfico*. Y el espectro se enriquece con un vivísimo periodismo humorístico, cuyas cumbres fueron *Fantoches* y *El Morrocoy Azul*.

La tecnificación seguía adelante, al compás con el influjo que en esos años ejercía la información internacional centrada en los acontecimientos de la II Guerra Mundial y la presencia incipiente de la publicidad como mecanismo de financiamiento de la empresa editorial. Desde 1941, los periodistas se habían organizado, ya en forma definitiva, en la Asociación Venezolana de Periodistas, institución que conjuga su definida vocación política con la preocupación por la formación profesional. En el año de 1946, logra que la Junta Revolucionaria de Gobierno, presidida por Rómulo Betancourt, decreta la creación de la primera escuela de periodismo del país, cuyos planes de estudio siguieron la pauta sentada en la materia por la institución creada en la Universidad de Columbia bajo los auspicios de Joseph Pulitzer. Su misión sería, al igual que la de sus similares en Latinoamérica, la de servir de plataforma para la introducción sistemática, escolarizada, del periodismo objetivo en las redacciones venezolanas.

Estos eran, sin embargo, elementos secundarios. Lo fundamental era el debate ideológico y político. Los medios de comunicación social -prensa y radio tenían como función habituar a una población sin costumbres democráticas a vivir en medio de la contienda de las ideas. La intensa movilización de las masas que arranca el 18 de octubre de 1945 inaugura un estilo de hacer política completamente desconocido. Los muy viejos tenían el recuerdo de la última campaña electoral del Mocho Hernández. Los demás sólo sabían de silencio y temor. El ejercicio político era subversivo, propio de los "malos hijos de la patria". ¿Cómo convencer ahora a la ciudadanía de lo contrario, de que se trataba, no sólo de algo normal, sino además necesario para una nación civilizada?, La prensa tenía ahora la compañía de la radio. López Contreras la usó intensamente, pero monopolizó su uso político, quizás siguiendo el ejemplo de Hitler. La apertura democrática de 1945, al establecer la transmisión directa de los debates de la Asamblea Nacional

Constituyente, permitió el contacto directo del hombre común con las ideas y los proyectos políticos en pugna, y produjo una socialización política rápida, intensa y duradera. Aquel período es conocido en la historia contemporánea de Venezuela como la "época del canibalismo político". Y así fué, en efecto. El experimento populista dirigido por Rómulo Betancourt desde el poder produjo una movilización que llegó hasta las más mínimas aldeas del país. La marca arrasó, en tres años de gritería permanente, las ilusiones gradualistas de las élites oligárquicas, que hubieran deseado llegar a la misma meta paso a paso, sin rupturas, sin traumas.

Podríamos decir, entonces, que el sistema comunicacional venezolano respondió adecuadamente a los propósitos del sistema político. Contribuyó a acelerar, a profundizar y a generalizar una *democracia de conflicto*. La población entera se contagió y participó, en niveles distintos, en aquel proceso de modernización. La pugnacidad comprometió a todos los sectores, no sólo a los partidos políticos. La iglesia, los sindicatos, los gremios, las universidades y liceos, las escuelas primarias con sus "Repúblicas Escolares", los militares. Todo fue envuelto por la vorágine política. Los que presentían el desenlace violento pedían una tregua, un tiempo para consolidar lo conquistado. Pero ya no había lugar para la prudencia. La misma prensa que había servido de soporte a la renovación actuó ahora como catapulta del golpismo. El golpe frío del 24 de noviembre de 1948 cerró aquel intenso período de democracia conflictiva. El debate quedaría interrumpido por diez años. El periodismo habría de buscar otros caminos.

MODERNIZACION SIN LIBERTAD

Los diez años de la tiranía perezjimenista cortan la discusión abierta en el campo político, pero dejan algún espacio al análisis ideológico no directamente comprometido con la política contingente. Asistimos a una ofensiva unilateral, llevada desde las páginas de *El Heraldo*, convertido en diario oficioso por el ministro de Relaciones Interiores Laureano Vallenilla Lanz, contra los partidos ¡legalizados y en defensa de un proyecto de modernización basado en la urbanización galopante, la industrialización ligera y el desarrollo de las industrias básicas. La idea venía de los positivistas de Juan ^Vicente Gómez: se necesita orden y paz social para asegurar el progreso. Los partidos y los sindicatos significan bochinche, despilfarro de tiempo y de recursos. Comienza la Venezuela de las autopistas y de los "grandes planes destinados a transformar el medio físico". La única respuesta está en los periódicos clandestinos y en los artículos, en apariencia intemporales, de algunos ensayistas: Uslar Pietri, Mariano Picón Salas, Miguel Acosta Saignes y, en especial, Mario Briceño Iragorry. Una discusión con sordina y mucha precaución.

El universo de la comunicación sufre una transformación notoria. Aparece la televisión en 1952, y con ella la posibilidad de llevar el circo al hogar. Telenovelas, shows musicales y la lucha libre copan el tiempo de los venezolanos. De cuando en cuando, Pérez Jiménez llena las pantallas con las inauguraciones a fecha fija, imagen que seguirá dominando el paisaje durante los treinta años de democracia representativa.

La racionalización técnica que había comenzado en 1936 se acelera en la prensa. No es este el lugar para detenerse a describir ese proceso, pero sí conviene resaltar algunos de los cambios. En primer lugar, el periodismo se profesionaliza. La figura del reportero se vuelve familiar, entre otras razones, porque también se regulariza la distribución y cobertura de las fuentes informativas. Termina la época romántica de escribir sobre lo que se nos ocurre. La búsqueda de la noticia, que en los años '40 era costumbre en la información policial, se generaliza a todas las áreas. Jóvenes dirigentes políticos, escritores y educadores dejan los viejos demonios de la creación para someterse, algunos para siempre, a la disciplina del reporterismo.

Se consolidan y diversifican las especializaciones informativas, una vez que el avasallante interés por el hecho político debe sublimarse en otros menesteres. La información económica, que había aparecido con ribetes definidos en *Ahora* y se había desarrollado significativamente en la década del'40, adquiere robusta presencia, al punto de ganar casi siempre los titulares de bandera de la primera plana. Lógica consecuencia de un sistema político que buscaba su legitimación en el *progreso*. La información internacional adquiere fisonomía y organización. Llena casi siempre la primera página, pues es otra forma de llevar el ingrediente

político sin molestar a las autoridades. Los venezolanos que éramos entonces adolescentes quizás debamos a esta circunstancia una firme vocación por los acontecimientos mundiales. El tercer rango corresponde al deporte. Desde entonces gana un cuerpo completo en los principales diarios del país, respondiendo así al clásico triángulo de la prensa mercantil norteamericana: crimen-sexo-deporte. El ingrediente sexual debería esperar hasta el *neofrancés* para sobreponerse al aldeanismo consuetudinario. El crimen constituía, en esos años, otra manera de asomarse a la política: casi siempre las páginas rojas eran abastecidas por la Seguridad Nacional.

La información cultural adquirió un relieve que no ha alcanzado de nuevo en la prensa venezolana. La noticia, la reseña, la entrevista y la crítica constituían una verdadera cátedra paralela a los liceos, con la ventaja de ser más actuales y, en cierto modo, más autorizadas. Gracias a las secciones culturales de esos años, los jóvenes venezolanos se mantenían en relación con la contemporaneidad literaria, artística y en el plano de las ideas.

Con menor empuje, pero con valor innegable, se desarrolla también la información científica. Los dictámenes del positivismo se hacen sentir también en este campo. Organizaciones como la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia (ASOVAC), instituciones como el IVIC, personalidades como Augusto Pi Suñer y Francisco de Venanzi entraban en el mundo cotidiano de los lectores de periódicos.

Estas líneas de especialización, así como la modernización gráfica y la introducción de las innovaciones tecnológicas de la época, colocaron al periodismo venezolano entre los más resaltantes de Latinoamérica. De allí no procedían las motivaciones que impulsaron a los periodistas a enfrentar la dictadura y buscar un cambio. Lo que deseaban era, realmente, reanudar el debate interrumpido por el golpe de 1948. Pero las cosas ocurrirían de manera muy distinta.

ADEMÁS DEL GOBIERNO

En los dos primeros años, después del derrocamiento de la dictadura, se tuvo la impresión de haber recuperado el debate interrumpido diez años atrás. Los partidos editaron otra vez sus diarios: AD publicó *La República*; Copei ensayó varios voceros de vida efímera; algunos sectores de URD dieron vida a *Clarín*; los comunistas continuaron en la legalidad la edición de *Tribuna Popular*, de heroica vida clandestina; los diarios comerciales abrieron sus páginas a la discusión política, mediante la inserción de columnas firmadas; la televisión se encendió con programas de opinión, entre los cuales *El Café de la Tarde* ocupó puestos de vanguardia.

Desde el triunfo de la Revolución cubana, en 1959, la controversia giró en torno a dos opciones ideológicas fundamentales: democracia formal contra democracia socialista; reforma frente a revolución. Esa polémica desplazó rápidamente a la pugna democracia vs. dictadura que agitó las aguas mientras menudeaban las reacciones golpistas del perezjimenismo. Las alternativas eran las de consolidar el régimen de libertades todavía limitadas conquistadas el 23 de enero, o profundizar el proceso de cambio político hacia un tipo de sistema más radical, aunque no necesariamente similar al cubano.

El fuego de este debate recibió un baño de agua fría, cuando Sears-Roebuck de Venezuela y la Asociación Nacional de Anunciantes (ANDA) decidieron boicotear a *El Nacional* retirándole la publicidad, con el pretexto de que ese diario respondía a las directivas de Fidel Castro. Fue, entonces, cuando se tuvo una noción precisa, real, de otros poderes mediatizadores de la libertad de información y de opinión, tanto o más eficientes que el de los gobiernos: la publicidad, base del financiamiento de los medios de comunicación social en el mundo occidental, utilizada como instrumento político. No es que se desconociera esto. Había abundante literatura acerca de este poderoso agente de manipulación. Sin embargo, su presencia no fué muy notoria en el trienio 1945-48, porque todavía se trataba de un negocio rudimentario, incipiente y predominantemente nacional. Tampoco en la década dictatorial, debido a la ausencia de discusión política. Ahora, la manifestación de ese poder se hizo en forma brutal, demoledora, perinitiendo además descubrir la

mano transnacional en la conjura. De ahí en adelante, no hubo más pelea: los medios acataron el dominio de este factor insidioso, constante, metido en la carne misma de la empresa informativa.

Desde luego, no sería lícito reducir a este choque la totalidad del problema. Al escoger la izquierda el camino de las armas, el gobierno de Betancourt tuvo manos libres para convertir al país en un cementerio de periódicos. Con las garantías suspendidas desde el momento mismo en que se aprobó la Constitución de 1961, y aún desde antes, pudo cerrar periódicos, establecer la censura previa con el pretexto de la insurrección, detener periodistas y ganar la adhesión de la prensa mercantil para una política restrictiva de la discusión política.

El Pacto de Puntofijo (8) consagra la voluntad de las élites nacionales -partidos, fuerzas armadas, iglesia, sindicatos y gremios, empresarios- de establecer en el país una democracia consensual. Betancourt tuvo la habilidad de excluir, ab initio, a los comunistas del juego concertado con los demás agentes políticos y sociales, con el argumento de que la doctrina marxista es incompatible con la democracia. Esa estrategia le permitió a mediano plazo superar el aislamiento inicial de su gobierno y liquidar al adversario fundamental. Raúl Leoni continuó esa línea, con menos pugnacidad que su compañero de partido, y comenzó a abrir ventanas para una reconciliación, que culminó con la "pacificación" adelantada por Rafael Caldera.

A la vuelta de unos años, podíamos apreciar cambios sustanciales en el escenario comunicacional. Habían desaparecido los periódicos de partido, con la excepción de *Tribuna Popular*, que mantenía una vida precaria en la clandestinidad. El discurso revolucionario desapareció de las páginas de la prensa comercial. La televisión mantuvo programas de opinión dedicados exclusivamente a los líderes del sistema. La radio perdió los ímpetus de los años sesenta. Volvíamos a vivir en la realidad lo que Jacques Kayser denomina "coro de muchas voces que cantan en un solo tono".

Sería insensato pensar que AD y Copei, cuya hegemonía era ratificada quinquenio tras quinquenio en las urnas electorales, hubiesen renunciado a difundir su mensaje ideológico o que carecieran de audiencia. Paradójicamente, un diario excelente como *La República* nunca sobre un tiraje de sobrevivencia -10 a 15 mil ejemplares- en circunstancias en que AD ganaba millones de votos en las elecciones. Los analistas de la comunicación suelen decir que el público prefiere a los medios independientes a los que se identifican claramente con organizaciones partidistas. Podría ser, aunque es posible señalar casos que demuestran lo contrario, tales como el de *L'Unita*, en Italia. Lo concreto es que, en los últimos veinte años, los dos grandes partidos del sistema se conforman con los generosos espacios que les otorgan en los medios comerciales, básicamente consustanciados con la democracia del consenso y con el capitalismo. ¿Para qué arriesgar dinero y esfuerzos en diarios que pocos leerán?

Lo curioso es que este fenómeno coincide en el tiempo con una explosión retórica sobre las políticas comunicacionales y el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC), alentada desde los aparatos del Estado. Las viejas oficinas de prensa de Miraflores son transformadas en Oficina Central de Información (OCI), primero, y Ministerio de Información y Turismo, después, para retornar de nuevo, en una etapa de repliegue, a OCI. El gobierno estimula la creación de departamentos de investigación estatales, destinados a desenmascarar la falacia del "libre flujo informativo" preconizado por las grandes agencias internacionales de noticias.

Y más curioso aún: este es también el tiempo en el cual surge un discurso informativo diferente al viejo discurso del periodismo objetivo. Como olas que se superponen, casi sin dejar huellas, aparecen las proposiciones del periodismo interpretativo, el nuevo periodismo y el periodismo investigativo. Una retórica encendida flamea en las escuelas de Comunicación Social y en las redacciones: muerte a la pirámide invertida, al diablo las cinco preguntas sagradas, que viva el periodismo crítico. Se plantea la participación del periodista en la elaboración de las políticas editoriales de los medios. Se rechaza la pauta como instrumento mediatizador de la creatividad del periodista. En resumen, se proclama la liberación de la

conciencia profesional de las viejas servidumbres. ¿Qué sentido tiene ir cinco años a una universidad para seguir haciendo lo que antes se aprendía en las redacciones con seis meses de práctica?

Del mismo modo, periodistas, docentes y organismos gremiales agitan teorías distintas a la liberal, con la pretensión de renovar las dimensiones éticas de la profesión. En un comienzo, se insiste en que la noticia no debe ser una mercancía, ni la libertad de prensa bastardeada en libertad de empresa. Los medios, se dice, deben cumplir una función social. El público es, en última instancia, el verdadero dueño de la información. Ese es su derecho, como persona, como ciudadano. Con la imposición de las tesis desarrollistas en las políticas públicas del Estado y en el discurso de los especialistas, aparecen las teorías desarrollistas, según las cuales los MCS deben colocarse al servicio del desarrollo económico nacional, de los procesos de modernización y de la superación de vieja sociedad rural. La difusión de innovaciones aparece así como el desideratum comunicacional.

Y no termina ahí el asunto. Vinculado al desarrollo de los movimientos vecinales, comunitarios y a la teología de la liberación, emerge la propuesta de la teoría democrático-participativa, a la cual McQuail le discute su rango de teoría, pues se trata de la conjunción de postulados de las teorías liberal, de responsabilidad social y desarrollista. Mas teoría o no, la idea de sus promotores es la de presentar alternativas comunicacionales a los grandes medios. La participación democrática es, a su juicio, imposible en el seno de la empresa comunicacional, donde la toma de decisiones será siempre vertical y se regirá por la búsqueda del beneficio económico, no del servicio público. Sólo en las pequeñas empresas comunicacionales será posible una real participación, no sólo de los profesionales que hacen el mensaje, sino de los receptores. Únicamente allí, se logrará el ideal de la comunicación como un bien social. "Small is beautyfull".

NUEVO MAQUILLAJE VIEJO PERIODISMO

Lo único cierto es que, por encima de la espuma retórica, lo que permanece es el viejo periodismo objetivo, cimentado en la vulnerable teoría liberal. El antiguo principio de "los hechos son sagrados, la opinión es libre" acaba de ser ratificado por el director actual de *El Nacional*, Franklin Whaite, en declaraciones al redactor de ese mismo medio Misael Salazar Leidens. (9) Las nuevas tecnologías recubren hoy con maquillaje electrónico el mismo viejo mensaje informativo, que muchas veces ignora la existencia de la televisión y de la radio. En función de las exigencias técnicas, se ha producido reorganizaciones en la redacción, aparecen nuevos cargos (editores), se estimula el vedettismo disgregador, desolidarizador, como mecanismo de recompensa y se tolera la "bolsa de noticias", tumba de orgullo profesional, porque no hay competencia a la vista.

Los reporteros han ganado, ciertamente, el derecho a escribir en las páginas de opinión y lo hacen ya con mayor frecuencia que antes. Los recursos personalizadores del nuevo periodismo y las exigencias analíticas del periodismo interpretativo asoman, de cuando en cuando, en un inmenso panorama de monotonía. Sin embargo, lo dominante sigue siendo la elaboración de un mensaje "muy selectivo, muy discriminatorio y escasamente representativo de lo que ocurre en la realidad", para decirlo con palabras de Jean Stoetzel. Así lo confirmaron los redactores políticos en el taller organizado por el Consejo Venezolano de la Enseñanza y la Investigación de la Comunicación (CONVEIC), en el cual participaron periodistas, docentes, investigadores y politólogos. Se tiende, por rutina o por imposición editorial, a resaltar las coincidencias, a minimizar la disensión y el conflicto, en la información política. Se privilegia aquellos géneros que, como la entrevista, dejan poco campo al periodista y sirven para lanzar, día a día, las mismas imágenes y las mismas palabras de la misma gente.

No puede ser de otra manera. El *periodismo objetivo* se rige por una lógica de selectividad que conduce, necesariamente a la discriminación, a negar el acceso a la disidencia, a remachar sistemáticamente aquellos elementos que validan y reproducen los valores admitidos. Es un mecanismo que impone sus propias leyes y enerva la capacidad de crítica del periodista, anulándola en la red de filtros que se interponen entre el

redactor y lo que sale finalmente en la edición del día. El periodista termina por internalizar ese procedimiento, hasta llegar a considerarlo "natural", único. Y de ese modo, sin tener mucha conciencia del papel que juega, se convierte en pieza clave de un proceso antidemocrático. Así como los partidos reproducen desde el poder las prácticas autoritarias que rigen su vida interna, del mismo modo los MCS esterilizan en su propio seno la posibilidad de contribuir a profundizar la democracia en la sociedad.

Esto, que parece ser algo consustancial y hasta inconsciente, ha recibido consagración explícita en los últimos años. Poco después de las elecciones de 1983, el entonces gerente general de *El Diario de Caracas*, el hoy defenestrado Carlos Ball, sostuvo en artículo editorial el derecho que tienen los medios a negar sus espacios a periodista identificados con partidos que hayan recibido una baja votación en los comicios. En otras palabras, proclama el derecho de la mayoría para aplastar y silenciar a las minorías, reviviendo así el viejo fantasma de 9a tiranía de la mayoría" que tanto angustiaba a Alexis de Tocqueville. La democracia concebida como el respeto a los derechos de las minorías y al acceso que deben tener a los medios, porque es su única posibilidad de aspirar a ser mayoría, no tiene cabida en ese código peculiar, propio del autoritarismo más craso.

Lo mismo podríamos decir de la política editorial enunciada por el director de *El Universal*, Luis Teófilo Núñez, cuando justificó la censura de las declaraciones de la doctora Gladys de Lusinchi, primera dama de la República para esa fecha, con el argumento de que los medios deben silenciar aquellas informaciones que "atenten contra el interés nacional. Estamos ante una paradoja más, entre las muchas que caracterizan a la actividad comunicacional venezolana: el director del diario que encarna en el país los postulados más ortodoxos del liberalismo, en economía y en política, esgrimiendo principios expresos de la doctrina autoritaria.

En efecto, los postulados de esta teoría, según la resume McQuail, son los siguientes: 1) Los medios de comunicación no deben hacer nada que socave la autoridad establecida: en este caso la del presidente de la República. 2) Deben subordinarse siempre, en última instancia, a la autoridad establecida: fue público y notorio que el presidente, o quienes actuaron en su nombre, trató de impedir la difusión de esas declaraciones, producidas en rueda de prensa. 3) Se justifica la censura en función de los valores morales y políticos dominantes: está claro que Núñez prefirió los valores políticos a los morales, en su inesperada defensa de la autocensura.

El único principio constante en los MCS venezolanos sigue siendo la búsqueda de la ganancia. Si la conquista de esa meta supone la banalización de la política, o la autocensura, o la distorsión de la democracia, o la transformación de los periodistas en "profesionales-objeto", no hay por qué vacilar. Cualquier duda que hubiere sobre el particular acaba de ser disipada por el comportamiento de los canales privados de televisión en la cobertura de las visitas de Daniel Ortega y Fidel Castro. Las mismas pantallas que, hasta ayer nomás, se cubrieron con oleadas de mensajes desinformadores sobre Cuba y Nicaragua, llevaron en estos días las imágenes y las palabras de los dos comandantes revolucionarios, presentados como seres abominables hasta la víspera, con una generosidad desconcertante. Y no sólo eso, la gritería promocional que ahora sostienen ambos canales, cruda exhibición de autobombo, es una fase más de la batalla mercantilista por la explotación de dos figuras que, sin lugar a dudas, monopolizarían el "rating" durante la toma de posesión de Carlos Andrés Pérez.

En conclusión, los medios de comunicación social sirven a los objetivos de un sistema político que privilegia el consenso sobre el conflicto. Actúan en un desierto de mensajes alternativos. Asistimos a una crisis muy honda del mensaje revolucionario, entendido no como un llamado a las armas, sino a la conquista de un modelo diferente de sociedad. Ni siquiera los pocos periódicos que escapan al oligopolio comunicacional proponen nada distinto a la "concertación" que rige el sistema. El mismo proceso de reforma del estado sirve para promover coincidencias, aún de parte de aquellos que serán sus víctimas.

Ni siquiera la crisis perturba este panorama. En estos treinta años de democracia, el pueblo venezolano ha vivido una sorda guerra de clases, recubierta con el teflón de la "paz social", cuyos resultados son hoy evidentes: un 65 por ciento de la población vive en la pobreza crítica, según datos del Ministerio de la Familia; la marginalidad amenaza a gran parte de las capas medias; la inflación condena al empobrecimiento progresivo a todo el que vive de un sueldo o un salario. Una minoría ha despojado a la inmensa mayoría de la población en un proceso sórdido, insensible, protegida por el manto de la democracia consensual. El Pacto Social, con los diversos nombres que ha recibido en el período, ha resultado para los humildes un verdadero pacto con el diablo. No busquen en los medios el discurso de las víctimas. ¿Aparecerá ahora, cuando Pérez instaure la democracia de conflicto?

Referencias

1. A la dictadura que se refiere este trabajo es a la que jefaturó el general Marcos Pérez Jiménez entre el 1948-1958. La otra dictadura histórica en la Venezuela del siglo XX fué la de Juan Vicente Gómez (1909-1935).
2. La Junta Patriótica fué el organismo político integrado por el Partido Comunista, Acción Democrática, Unión Republicana Democrática y el Partido Social Cristiano Copei para conducir la lucha contra Pérez Jiménez a partir de 1957.
3. Recadi. Régimen de Cambios Diferenciales.
4. El Proyecto de Investigación Autocracia, Democracia en América Latina: Ideología Poder Político y Comunicación es adelantado por investigadores del Instituto de Investigaciones de la Comunicación y el Instituto de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela.
5. Deutsch, Karl W.: *Los nervios del gobierno*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1971.
6. McQuail, Denis: *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*. Ed. Paidós. Paidós comunicación, Buenos Aires, 1983.
7. CONVEIC: *Por un mejor periodismo*. Taller sobre periodismo político. Ediciones CONVEIC. Caracas, 1988.
8. El Pacto Puntofijo fué acordado por los liderazgos de Copei, Acción Democrática y Unión Republicana Democrática con exclusión del Partido Comunista Venezolano. Se llama así porque se firmó en la residencia del Dr. Rafael Caldera para la fecha (1958) llamada Puntofijo. Hoy se conoce como pacto de Punto Fijo.
9. CONVEICC. Op. Cit.